

NUESTRO TIEMPO

ENTRANDO EN LO MAS SOMBRIO

Europa no muere. O si se quiere, muere para resucitar. *Nisi granum frumenti... Si el grano de trigo, cayendo en tierra, no muere, no lleva fruto; pero si muere, mucho fruto lleva*, ha dicho la Sabiduría Encarnada. (San Juan 12, 24). El foco del mundo es Europa porque Roma está en ella y Roma es cabeza del orbe. Europa no está muriendo sino que se está reencontrando. Pero el recobrar de Europa es, a su vez, el hallazgo de Alguien, inmensamente más grande, al que debe someterse como humilde servidora. Europa, sometida a Cristo, es la Cristiandad. Y la Cristiandad es la Realeza de Cristo en la tierra. Es la paz.

No se puede comprender nada de lo que está pasando en el mundo, en esta hora sombría, sino se parte como de verdad fundamental, de que Europa marcha a su resurrección porque marcha a la afirmación de la Realeza de Cristo.

Pero ahora está crucificada. Crucificada por las tres concupiscencias. *"Porque todo lo que hay en el mundo, la codicia de la carne y la codicia de los ojos, y la soberbia de la vida, no procede del Padre, sino que procede del mundo.* (I Carta de S. Juan II, 16).

La Cruz es de purificación porque Europa es culpable. Y gravemente culpable porque torció su vocación de mensajera del Evangelio en el universo en mensajera de las concupiscencias. Y ahora está ella misma crucificada por la Potencia del Dinero, por la Potencia de la Carne y por la Potencia del Orgullo.

Las Potencias del Dinero llevaron a Europa al desastre y ahora pretenden liberarla. Pero las Potencias del Dinero han de sucumbir, por su propia insensatez, frente a la Potencia del Orgullo. El orgullo se llama Lucifer y Lucifer en el orden político de pueblos se llama el bolchevismo, de acuerdo a las directivas del Episcopado alemán y de S. S. Pío XI. (Enciclica *Divini Redemptoris* y Carta Colectiva del Episcopado Alemán de la Navidad de 1936).

De las Potencias del Dinero pretendió libertar a Europa, una gran nación; pero no contando sino con sus propias fuerzas, es decir con la potencia de la carne. Y esta nación parece haber fracasado en el intento. La swástica no ha logrado unir a Europa. Y, al parecer, la Potencia del Orgullo ha de vencer a la Potencia de la Carne.

En este preciso momento, Europa está crucificada bajo las tres concupiscencias que luchan entre sí, por la conquista de la universal supremacía.

La Potencia del Orgullo está a punto de jactarse públicamente de su victoria sobre Europa y, consiguientemente, sobre el mundo. España está relativamente postrada, Polonia yace aniquilada, Francia destrozada,



In te speravi, Domine

El Evangelio de la dominica décimatercia después de Pentecostés (27 de agosto) nos narra la curación de los diez leprosos, de los que sólo uno volvió para agradecer al Señor.

Italia renegada. Alemania, la otrora dominadora, amenaza deshacerse.

Si Alemania nazi, la Potencia de la Carne, sucumbe, la lucha por la dominación ha de trabarse entre Rusia y las Potencias del Dinero. Pero Rusia lleva ventajas porque, ya ahora, está minando por dentro el poderío de sus rivales. Rusia, por acción catalítica, va a producir la desintegración de las Potencias del Dinero.

¿Sucumbirá también Europa frente a la potencia diabólica del Orgullo? ¿Logrará Rusia imponer su nuevo orden sobre Europa y el mundo?

Creemos que no. Porque el milagro de David victorioso frente a Goliat, del Papa León frente a Atila, de Charles Martel frente a los musulmanes en Poitiers, ha de repetirse una vez más y figuras providenciales como Carlomagno y Santa Juana de Arco han de surgir, una vez más, para salvar a Europa.

Europa ha de salvarse; pero por un milagro de María, Reina de la Paz.

Europa ha de salvarse. Es claro que no hay una razón de necesidad para afirmar

que Europa se ha de salvar. En absoluto, la Iglesia puede cumplir su misión sin Europa. Pero razones de congruencia, vinculadas con el cumplimiento, en la historia, de la Realeza de Cristo y con un modo de obrar providencial que lleva a las naciones a cumplir su vocación por los mismos caminos que se han trazado en su infidelidad, parecen exigir que Europa marche todavía a la cabeza de las naciones cristianas, mientras llega a los últimos pueblos la levadura evangélica. Además que la creciente vitalidad de la Iglesia, en estos últimos cincuenta años, marcha en contacto muy íntimo con las energías de las naciones cristianas de la vieja Europa, para poder admitir que todo ello haya de desaparecer, como valores culturales, bajo la dominación del bolchevismo.

Pero si Europa ha de salvarse, ha de serlo por un milagro de María. Esta proposición comporta el fracaso de todo razonamiento dialéctico, tipo marxista y tipo spengleriano. Si Europa y el mundo no tuviera una vocación, en el plano sobrenatural de la Fe, nada habría que oponer a un razonamiento dialéctico riguroso. Pero Europa es la Fe, como dice Belloc. El camino de la Fe sigue una ruta que Dios se ha trazado. Pudo trazarse otra, sin duda, pero se ha trazado esta. La Fe parte de Roma, como de su foco central y definitivo. Allí está el Sucesor de Pedro, columna de la verdad revelada y no podrá estar en otra parte, hasta el fin de los siglos. De Roma, se expande en una primera órbita de pueblos que son Hispania, Gallia, Germania, Polonia y Britannia; de allí se extiende otra órbita mayor que alcanza al resto de naciones y, entre ellas, la Argentina. Europa debe ser intermediaria de la fe entre Roma y el resto de pueblos. Esta es su misión y su grandeza. Y por esto ha de salvarse Europa. Porque ha de rendir todavía el gran homenaje de su reconocimiento a Jesucristo, Rey.

Pero la Cristiandad que, todavía una vez más, alegrará al mundo, será una gracia de María, Reina de la Paz. El magnífico culto de la Virgen que desde la proclamación de la Inmaculada Concepción en 1854, avanza perfumando este mundo paganzado y rebelde, y dejando testimonio de la solicitud de María, en Lourdes, La Salette, Fátima es promisorio de esplendorosos días de bonanza cristiana.

Europa ha de salvarse porque espera el milagro de su salvación. Y lo espera porque no quiere ser nazi, ni angloamericana ni bolchevique. Quiere ser Europa. Y este sentido vital de lo europeo llena hoy Italia, Portugal, Francia, España, Polonia y también Alemania.

La encarnación típica y autorizada de esta Europa es, de un modo particular, el glorioso episcopado alemán, que frente al peligro bolchevique ha sabido exhortar al pueblo alemán a unirse alrededor del Führer para alejar este peligro y que frente al mismo Hitler todopoderoso primero y victorioso después ha sabido reclamar con serenidad y firmeza los sacrosantos derechos de la Igle-

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Emilio Lamarca. Inteligencia y Revolución. — JULIO MEINVILLE: Entrando en lo más sombrío. — HÉCTOR MANABRIONI: El último libro de Maritain. — ALBERTO OBLIGADO NAZAR: Al Cristo de los Andes. — GUSTAVO ADOLFO SARRÍA: Teorema

del decir. — SANTIAGO DE ESTRADA: San Juan Bautista. — OCTAVIO NICOLÁS DERISI: La recuperación del Seber. — HERCULES SPAGHI: Impresiones de los teatros porteños. — GAS-

TÓN TERÁN: Vida Intelectual. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos de San Juan Bautista e "In te speravi, Domine". — Dibujos de JUAN A. BALLESTER PEÑA y FRANCISCO FOMBELES. — ECONOMÍA. — Palabras de ayer para hoy.

sia. (Ver las Cartas Colectivas del Episcopado Alemán de estos últimos veinte años).

Europa, la que vive la vida milenaria del derecho, de la libertad, de la dignidad de vida, la que posee el sentido de la jerarquía de los valores, la que conoce el primado de la inteligencia, y la que sobre todo conoce experimentalmente que el destino de los individuos y de los pueblos estriba en el servicio de Jesucristo, Rey del tiempo y de la eternidad, se va a encontrar no precisamente en el plano de los negocios económicos ni en el de los asuntos políticos, sino en el más profundo de la vida. Porque el problema substancial que agita, hoy y siempre, a la humanidad, consiste en saber qué es, y para qué, y en qué termina la vida presente. Porque de acuerdo a esta respuesta logran también respuesta la economía y la política, tanto en el orden nacional como en el internacional.

Y los pueblos, tras las experiencias liberal, nazi y soviética, están recobrando en una lección sangrienta, el verdadero sentido de la vida. He aquí lo importante de esta hora sombría: se está obrando una conversión en lo profundo de las conciencias de los pueblos rectores de la vieja Europa. No preguntemos quién los va a unir. Bástenos saber que existe esta conciencia europea para que estemos ciertos que surgirá el caudillo que ha de salvar a Europa y al mundo.

Los días más sombríos de la humanidad se ciernen sobre nuestras cabezas. Al hambre y a la guerra se unirá la anarquía, producida por la vaciedad de las potencias angloamericanas y por Rusia amenazante.

Pero en este caos —de pueblos hambrientos, desgarrados, sin saber por qué ni por quién decidirse ni en qué ni en quién apoyarse— ha de producirse, sin duda, el hecho más trascendental de la historia moderna, desde la Reforma hasta nuestros días: la incorporación de Prusia en el seno de la Iglesia Católica.

Porque —como ha visto lúcidamente Belloc (L'anima cattolica de l'Europa)— "Prusia es un trunco encuentro por una parte de la imperfecta evangelización bizantina de la Eslavonia oriental, justamente en las llanuras bañadas por el Oder y el Vistula, con el ímpetu occidental de la tradición viva que brotaba de Roma". Es el único rincón de Europa que no fué romanizado y que, desde la Reforma, ha ido creciendo hasta dominar a Alemania y Europa, pero siempre contra Roma.

Es de esperar, se cumpla ahora lo que San Juan Bosco ha profetizado con estas significativas palabras: *Revolución, Conversión de Prusia, Triunfo de la Iglesia*. (Memorias Biográficas del Venerable Don Bosco, tomo IX, pág. 282.)

Palabras que concuerdan con el final de la Carta de Pío XI *Mit Brennender Sorge*, del 14 de marzo de 1937, sobre el nacional-socialismo del Tercer Reich, cuando dice:

"Entonces —dice el Pontífice— los enemigos de Cristo —seguro estamos de esto— que vanamente se glorían de la desaparición de la Iglesia, reconocerán que se alegraron demasiado pronto y demasiado pronto han querido sepultarla. Entonces vendrá el día en el cual, en lugar de los prematuros himnos de triunfo de los enemigos de Cristo, se elevará al cielo desde los corazones y labios de los fieles, el "Te Deum" de la libertad, un "Te Deum" de acción de gracias al Altísimo, un "Te Deum" de júbilo, porque el pueblo alemán, aun en sus miembros extraviados, habrá encontrado de nuevo el camino de retorno a la religión, con una fe purificada por el dolor, doblará de nuevo la rodilla ante Jesucristo el Rey del tiempo y de la eternidad, y se ceñirá para la lucha contra los renegados y los destructores del occidente cristiano, en unión con todos los hombres honestos de las demás naciones, cumpliendo así la misión que le ha sido señalada en los planes del Eterno".

Cuando Prusia se convierta, Alemania se ha unido, Europa se ha salvado, la Iglesia ha triunfado.

JULIO MEINVILLE.

EL ULTIMO LIBRO DE MARITAIN

"De Bergson a Tomás de Aquino" es el título de la última obra del filósofo francés J. Maritain.

El autor ha reducido a la unidad de libro, un conjunto de ensayos dispersos hasta entonces en distintas publicaciones, inéditas casi todas en lengua francesa. Reducción fácil y natural para un pensador como Maritain, nutrido con las altas y jerárquicas síntesis tomistas; tarea posible siempre, en todo gran filósofo repleto de auténtica ontología, porque en la variedad de su dispersión material, persevera latente el vínculo de unificación profunda, que le otorga su intuición-madre de todo el saber.

Sobre el plano de la filosofía perenne, desfilan bajo la pluma del filósofo, multiplicidad de pensadores y multiplicidad de problemas, medidos por un patrón filosófico, que clasifica y valora; en una palabra, trabajo de crítica integrativa es el que realiza Maritain en estos ensayos.

Muchas verdades, están presentes entre lí-

tomista, en cuanto coincide con la filosofía perenne, es en el fondo obra de rectificación y ponderación; y en cuanto perenne, proceso de asimilación e integración, o mejor, traduciéndose todo esto en una paradoja, es una tarea que consiste en despejar de las diversas filosofías, la nada o el "no ser" que las descalifica.

Maritain posee el arte de introducir insensiblemente en la filosofía. Si todo gran pensador, por el hecho mismo de nadar en los problemas y soluciones grandes, es de por sí, un gran propedéutico; lo es en grado sumo J. Maritain puesto que sus deducciones conducen en brazadas monótonas, hasta el interior de los problemas.

Dos ensayos de este libro, testifican esta virtud. Uno es su ensayo "Santo Tomás de Aquino y el Problema del Mal". No bien expuso las nociones imprescindibles, pone en marcha todo su equipo metodológico, al hacerse él también la gran pregunta: "¿cómo se origina el mal moral en la voluntad?" En repeticiones forzosas, en pequeñas marchas y



neas, en el curso de esta obra. Pero hay una que es fundamental y recorre el libro de parte a parte; es esta doble verdad: *La Filosofía Moderna*, "sufre" y "canta" por Kant; o lo que es lo mismo, la filosofía moderna que quiera desenvolverse en continuidad vital con la historicidad del pensamiento, debe estar en función de la crítica kantiana; "sufrir", en el seno de los grandes irracionalismos, que son la expresión de la garra kantiana soltando su presa; "cantar", en la euforia retrasada de los pocos idealistas puros actuales. *La Filosofía Perenne*, nos dice también este libro, vive y respira en el humanismo de Tomás de Aquino.

Santo Tomás está como exigido e implorado en Bergson. (La Metafísica y la Moral de Bergson, cap. I y II); Tomás de Aquino alienta al mismo tiempo desde el Medioevo, reclamando la realización total de su esquema filosófico, que fuera demasiado grande para su época y llegara demasiado tarde para ser cumplido en aquél momento histórico. (El Humanismo de Santo Tomás, cap. final).

Es un placer seguir los razonamientos filosóficos del autor, sobre todo cuando juzga y pondera.

El posee la filosofía del "ser", de lo que es; para este pensar no existen cuerpos extraños, masa oscuras de saber; por él y en él, todo lo que es, es verdadero y vale; lo demás no vale por la sencilla razón de que no es. Su aprobación en el juicio de los sistemas, se extiende hasta las zonas donde parecen esbozarse exigencias de "ser", a fin de valorar y justificar direcciones de pensamiento. Todo otro pensar es incapaz de verdadero juicio porque es unilateral y ante otro pensar diferente, se opone o destruye algo que "es" en el otro, al no coincidir con su arista de "ser". Por eso la obra de crítica

retrocesos va cercando el núcleo de este gran problema metafísico, cuya solución es según Maritain uno de los descubrimientos filosóficos más originales de Tomás de Aquino.

Otro ejemplo de esta introducción en lo vivo de la filosofía que caracteriza a Maritain, es su trabajo "Conflicto de la Esencia y la Existencia en la filosofía cartesiana". Descubre en el seno del cartesianismo, un conflicto mortal entre la esencia y la existencia que descalifica todo el sistema. La inteligencia, ordenada según Descartes a la captación única y exclusiva de las esencias, necesita de la existencia para llevar a buen término el "Opus Philosophicum". Pero la existencia escapa a la inteligencia en la concepción cartesiana de la misma, y para llegarse hasta ella, necesita realizar lo que Maritain denomina: "Coups de force existentiels". El *Cogito* es uno de ellos; y aquí descendemos a la raíz misma del cartesianismo. El *Cogito*, no es la caza intelectual clara y distinta de una esencia, no es una noción de la que derivaría como de su principio, la legitimación de la existencia de los demás seres; el *Cogito* es la intuición de un ser, de una existencia, lograda en su metafísica por un "coup de force" existencial, en base a la supresión ilógica, —momentánea, pero total por sus consecuencias— del "esencialismo" cartesiano.

La inteligencia del lector despierta espontáneamente en el interior mismo de la solución; sujeto de un proceso vivo de filosofía, con una idea compleja y vital atornillada en la cabeza. Empero puede suceder que, cuando queramos resandar el camino lógico que nos llevara a la luz de la solución, nos hallamos prácticamente incapacitados de conceptualizar el proceso.

Algo así le sucedió a Bergson. No se supo

SUBRAYANDO

decir (conceptualizar), lo que vió en medio de una gran luz interior, (intuición).

Por eso algunos profesores de filosofía, traicionan muchas veces a los filósofos, porque en lugar de hacer ver lo que intuyeron, a través de lo que conceptualizaron malamente, narran sólo lo que dijeron en conceptos, incapacitados de "simpatizar" con la intuición central del filósofo.

Vale más una gota de agua salada de la "durée" bergsoniana, que toda el agua dulce en que se bañan eternamente ciertos pretendidos pensadores. Aquél viene del oleaje, de mar adentro; éstos vienen de un estanque.

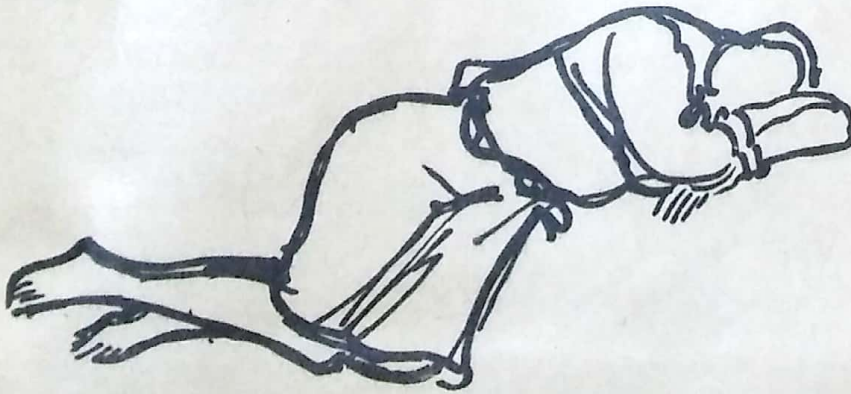
Maritain juzga a Bergson con amor y con inteligencia. Expone en resumen la sustancia espiritual del filósofo; pero como él juzga, no puede menos que proyectarla en el recuadro de la filosofía del ser y poner al mismo tiempo en descubierta, la falla de la trama conceptualizadora del sistema. Pese a toda la invención y sustancia contenidas en su último libro: "Las dos fuentes de la Moral y la Religión", su ética peligra, puesto que su irracionalismo latente, imposibilita la noción de fin, cuya ausencia en la moral, es más que suficiente para liquidarla; por eso decíamos al principio que Santo Tomás está exigido e implorado en Bergson; la ética bergsoniana, salvará su rico contenido abrazándose a la filosofía del ser. Queda como testimonio de esta exigencia tomista en el bergsonismo, la

externa), y de Espontaneidad (ausencia de presión exterior), forman los capítulos V y VI del libro. Brilla bajo la pluma del filósofo francés, el pensamiento hondo de Santo Tomás, suspendidas de esa maravilla que es la Libertad, capaz de elevarnos hasta el Ser subsistente y asimilarnos a El en alas de la sobrenaturalidad de la Gracia; o de rebajarnos hasta la negación misma del "ser", en la prostración del pecado.

Entre esta "nada" y Dios, está suspendida toda la jerarquía de los seres. Siguiendo el esquema tomista de los grados diversos de emanación, existentes en los seres, traza Maritain los diferentes grados de "espontaneidad".

A la luz de estas ideas, podríamos, a mi entender, precisar la falla, o mejor, la dirección equivocada que encamina toda la metafísica bergsoniana hacia una degradación ontológica fundamental. La resumiría, sintetizando, en esta idea: *decapitación de la alta inmanencia*, que se traduce por una reducción implícita de lo espiritual o de las tres altas zonas de inmanencia, (naturaleza intelectual humana, angélica y divina), a lo biológico, a la transitividad superior y eminente, de la vida sensitiva.

Al cerrar la última página de este libro,



actitud final de Bergson frente a los místicos católicos y su adhesión moral a la Iglesia Católica.

"Aspectos Contemporáneos del pensamiento religioso", es el texto de una conferencia pronunciada por Maritain en la Universidad de Pensilvania.

Son pequeñas notas, de gran valor para la historia de la filosofía moderna, donde el autor pasa rápidamente revista a los principales filósofos modernos, acentuando las perspectivas religiosas de los mismos.

El concepto trascendente de *persona*, presente en todos estos ensayos, liga de una manera aún más manifiesta, los tres capítulos que podríamos llamar centrales, de este libro de Maritain.

En el primero expone dos pruebas de la inmortalidad del alma. La primera se basa en el conocimiento natural, instintivo, común y oscuro, que de su propia inmortalidad tiene cada hombre; conocimiento inscripto no ya en la inteligencia, sino en la misma estructura ontológica de la naturaleza humana. Expone el autor las manifestaciones de este conocimiento instintivo de la inmortalidad, entre los pueblos primitivos, analizando luego su origen en la "conciencia concomitante".

El eje sobre el que gira la segunda prueba, es la noción de "inmaterialidad". El proceso del conocimiento filosófico de la inmortalidad que expone Maritain, es imposible efectuarlo, como él mismo lo indica, fuera de una concepción metafísica general, que legitime dialécticamente las nociones filosóficas que intervienen en la prueba. Esta argumentación clásica, asume en la exposición de Maritain, una claridad meridiana.

La idea tomista de la libertad, concebida en sus dos aspectos, de Libre Albedrío, (exclusión de necesidad interna y de coacción

una gran pregunta cruza por la mente de aquél que ha venido siguiendo el pensamiento de Maritain a través de todas sus obras: ¿nos dará, él, todavía, alguna obra maciza, de gran aliento? Aquí nos topamos, sin duda, con un problema personal. No se nos escapa el pesimismo que vaga en el fondo de este libro. Recordemos que Maritain veía en las "islas", la imagen de la cristiandad futura: "Elles évoquent aussi cette diaspora spirituelle, cette poussière de feu dispersée à travers le monde où l'on peut voir avec assez de probabilité une des formes futures de la chrétienté". *Les Iles*, p. 27.

Mucho más podríamos hablar acerca del último libro de J. Maritain, pero habría que hablar del *Maritain medio*, del Maritain sintoma, de ese Maritain hecho "por arriba" de luz, de esplendor metafísico, brillando en el cielo de las esencias y de lo necesario, (el *Maritain superior*, el autor de los "Degrés du Savoir", de los "Quatre Essais sur l'Éprit dans sa Condition Charnelle...") y "por debajo" afectado ya por el "pondus", de lo humano existencial, el Maritain inclinado sobre el mapa, fijándose en los movimientos de tropas, (el *Maritain inferior*, el autor de "A travers le Désastre"...).

Sería locura seccionarlo, temeridad pretender calificarlo, haciendo de estos tres perfiles situaciones valorativas.

Por lo general en sus obras, se orquestan estas tres melodías, estos tres modos de trabajo intelectual.

En el libro que acabamos de comentar y de recomendar, prima el Maritain de las esencias, aunque existen pequeñas "cabezas de puente", establecidas por el enjambre múltiple y tornadizo de las contingencias terrenales.

HÉCTOR MANDRIÓN

Del trabajo de Jorge A. Vivó, profesor de la Universidad de México, titulado "La Geopolítica", leído en ocasión del "Seminario Colectivo sobre la Guerra" que tuvo lugar en el segundo semestre de 1943 y editado por el Colegio de México, extractamos estos párrafos que trasuntan el pensamiento de su autor o de otros pensadores mexicanos.

1) "Si el pueblo de México desea ser dueño de sus propios destinos, debe aspirar a fundirse en una sola unidad política con todos los demás países de habla española. Es el viejo e inmortal hispanoamericanismo, que sobrevivirá a los siglos y que triunfará. Este hispanoamericanismo no es ni enemigo, ni rival del panamericanismo, ni supone sentimientos de hostilidad hacia los Estados Unidos..."

"De allí que el panamericanismo sólo aspire a elaborar para el Continente Americano un orden jurídico internacional justo, que armonice y fraternice en tal medida a las tres Américas, que haga de este Continente un ejemplo de justicia para el mundo".

"Cuando este ideal se realice, el Nuevo Mundo quedará dividido en tres grandes comunidades de hombres libres: los Estados Unidos, el Brasil e Hispanoamérica una e indivisa".

No es al Presidente Argentino, ni al Canciller Argentino, ni a ningún argentino a quien corresponden estas audaces palabras, sino al Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, don Rodolfo Brito Foucher.

2) "No se ha presentado un momento más favorable para realizar la unificación de los pueblos que baña el mar Caribe como la que brindará la post-guerra".

"Al sucumbir el poder militar del eje, Europa será presa de convulsiones de las que ya son un presagio las de Noráfrica, Yugoslavia e Italia, que requerirán toda la atención diplomática y financiera de los Estados Unidos".

Dos veces he leído este párrafo. Inevitablemente se ha hecho presente el recuerdo de la vieja ronda que todos cantamos cuando niños: "Juguemos en el bosque, ahora que el lobo no está".

3) "Es imposible esperar una transformación de Hispanoamérica, ni siquiera una mejoría económica, dentro del marco de la actual organización política. Los países que la integran, de mantenerse desunidos y aislados, entre sí, están condenados a soportar la misma esclavitud".

Nos desalienta francamente la falta de confianza de nuestro amigo mexicano en la Carta del Atlántico, en las cuatro libertades, en el Comité de Montevideo y en la mar y los pees.


4) "Apenas frustrado el Congreso de Tacubaya (el 13 de mayo de 1831) el Gobierno Mexicano revivió el propósito de convocar una vez más a los representantes de las potencias latino-americanas; pero ya no sólo para decidir qué medidas habían de adoptarse para defenderse de España, el enemigo común, sino para determinar qué género de relaciones debía establecerse con aquellas potencias extranjeras que no procediendo del mismo origen ni hallándose en las mismas circunstancias, deben ser de naturaleza muy diferente de las que existen entre este grupo de repúblicas hermanas..."

El párrafo pertenece a Luis Chávez Orozco. Es profundamente ilustrativo. La extranjería importa extrañeza, separación, y se manifiesta antes que nada en la diferencia de religión, de origen, de costumbres y hábitos sociales. Quienes coinciden en estas calidades no se sentirán extranjeros aunque pertenezcan a distintas soberanías políticas. Quienes se diferencian, podrán no ser enemigos, pero nunca dejarán de ser irremisiblemente extranjeros, aun cuando se pretendiere establecer sobre todos una sola soberanía política.

J. M. R. C.

POETAS NUEVOS

TEOREMA DEL DECIR



Desaparece el tiempo de mis ojos,
No tengo edad, ni patria, sólo tierra,
La tierra toda, única, que cierra
Un confin dibujado a sus antojos.

A mi persona abandoné en despojos,
Salí desnudo de mi interna guerra
Y estoy entre los cielos y la tierra,
He desatado todos los cerrojos.


Digo aquello común que dice el hombre
Espontáneo delante de las cosas,
Sin edad, sin nación, que arranca un nombre

Aquello que es eterno, por medido
Con la eterna medida, en las juiciosas
Proporciones que Dios nos ha infundido.

GUSTAVO ADOLFO SARRÍA.

Córdoba, julio de 1944.

AL CRISTO DE LOS ANDES



Tu grey de cumbres con pascual tocado
Bajo la luna, solitaria adora
Y en esa inmensa catedral sonora
Gimen los vientos su órgano sagrado.

Un corazón de piedra, enamorado
de las estrellas, como el Ande, implora
Mi alma que sabe que Tu voz Creadora
al cordero y al cóndor ha hermanado.

Y cual fecunda al huerto de alta cumbre
Con vívido torrente de agua tersa,
La herida fuente de tu pecho alumbra.

Mi patria, para que tu paz se ejerza
Como se ahonda el lago en mansedumbre:
Porque se nutre de encauzada fuerza.

ALBERTO OBLIGADO NAZAR.

INTELIGENCIA Y REVOLUCION

Decíamos en el número anterior (1) que "mientras duren las circunstancias internacionales conocidas hay que evitar, a todo precio, el suscitar problemas que puedan romper la magnífica unidad nacional, operada alrededor de nuestra soberanía".

Este enunciado tan juicioso, impuesto sin réplica por las circunstancias presentes, no podía pasar inadvertido para muchos que inmediatamente se hubieron de preguntar ¿y la Revolución? ¿Dejaremos de hacer la Revolución?

Preguntas que cobran especial relieve en ciertos grupos de personas que de tal suerte se sienten dominados por un pathos revolucionario, que se creen obligados, cada día al despertar, a fijarse una empresa revolucionaria, y para ello, acuden al casillero de tópicos que se vienen pregonando quince años ha, en busca del que pueda servirles para la jornada; o, en cambio, si más sensibles a las reacciones frente a personas que frente a

ideologías, créense predestinos a emprender cruenta lucha contra reales o imaginarios enemigos, emboscados tras los puntos vitales del país, para desalojarlos sin piedad y substituirlos por auténticos revolucionarios.

En estos tales la Revolución se resuelve en un mero pathos, en la exteriorización de un complejo apetitivo-emocional, donde toda aprensión intelectual brilla por su ausencia. De aquí que necesiten ser actores de violentos cambios o trastornos para experimentar sensación de que la revolución se efectúa. Diríase que miden la revolución por el grado de revolución que perciben en su propia psiquis.

Y sin embargo "la revolución que el país necesita" es obra de inteligencia. Podría discutirse si una revolución, en el sentido moderno que reviste este vocablo, es necesariamente resultado de previsión inteligente. La revolución-tipo que es la francesa, puede aparecer, en una consideración superficial, como ajena a toda influencia intelectual y ser considerada como un ciego desencadenamiento de pasiones que se devoran unas a otras. Pero si se tiene en cuenta que previamente a la Revolución se operó, por obra del filosofismo, una larga y sistemática labor de disolución

de las inteligencias que si no preparó los planes de la Revolución misma, ciertamente realizó la revolución en los espíritus, en el hombre, donde en último análisis se resuelve toda verdadera revolución; había razones suficientes para afirmar que la inteligencia no puede estar ausente de ninguna revolución.

Pero no es ésta la razón decisiva. Lo importante es advertir que una revolución como la francesa, que está procediendo en un sentido azilógico descendente, puede marchar al margen de la inteligencia, y, en cierta medida debe, precisamente porque consiste en eso, en un desatur al hombre de todas las trabas impuestas por las costumbres, leyes, usos sociales —exactamente ordenaciones de la razón en lo social— y entregarlo al pleno juego de sus instintos infraracionales. No hacia falta inteligencia para llevar al francés de 1789 a los excesos del francés del 93. Bastaba dar libre curso a su hervidero pasional. Hubiera sido, en cambio, necesaria gran inteligencia para impedir que terminara en el 93.

En realidad la Revolución francesa, al igual que la comunista y que todo movimiento que se opera con la gravitación de las fuerzas disolventes que hay en el hombre, puede, en absoluto, explicarse sin un proceso inteligente previo. Pero la contra-revolución, esto es, el esfuerzo por hacer entrar al hombre en la razón y en el orden, no es posible sin la acción ordenadora de una inteligencia.

Y de esto se trata cuando hablamos de revolución. Esta y sólo esta es la revolución que anhela los cansados pueblos de Europa. Y entre nosotros la necesidad imperiosa de esta revolución apareció clarísima cuando en el año 1929 se tuvo la experiencia social de que el régimen democrático vigente, cualquiera fuera el juicio que sobre su validez pudiera formularse, ya había definitivamente terminado. Y entonces también se intuyó clarísimamente que era menester substituirlo por otra cosa. Era necesario un cambio, y no, meramente de hombres, ni de partidos, ni aún de pura forma política. Era necesario un cambio en la índole misma de la convivencia social.

Era necesario un cambio que fuera revolución o contra-revolución. Si lo primero, no era sino cuestión de dejar al hombre precipitarse en la pendiente en que venía, hasta sumirse en el comunismo o en la anarquía. Si lo segundo, ya era necesario hablar de reintegración que, como toda creación, es obra de inteligencia.

La obra auténticamente revolucionaria, entonces, no podía realizarse si la inteligencia no captaba la naturaleza y los fines de la empresa a realizar. Un mero conato de levantamiento y de reformas fundado en que lo existente no podía continuar, o se reducía a un simple cuartelazo, o provocaba un caos que debía terminar en otro caos.

Para referirnos a lo nuestro, es evidente que desde 1929 existen entre nosotros condiciones propicias para la verdadera contra-revolución. Porque cada día se acrecientan los anhelos inexpresados o inexpresables de un nuevo ordenamiento de la vida social. Apareció ello clarísimo cuando la Revolución del 6 de Setiembre. Si se cifró en ella esperanzas, no fué por conservadora, sino a pesar de serlo, y por ello se malogró. Quedó asimismo de manifiesto, después de aquel fracaso, cuando se hizo intolerable la fetidez de un régimen de bochornos privilegios y tomó cuerpo el 4 de junio y pareciera ahora querer cristalizarse.

Pero como el paratítico del Evangelio, esos anhelos parecieran decir: "non habeo hominem", no tengo al hombre que me sea intérprete y que me traduzca en la dirección pública de la vida nacional. Falta la inteligencia práctica que vea y que realice. Que vea que hay algo terminado —el régimen demopluto-crático— y que hay una cosa nueva que crear, que es un régimen humano de convivencia social.

Y porque no surge este hombre —intérprete de este ordenamiento público nuevo— puede cernirse un doble y grave peligro, frente al cual conviene estar prevenido. Porque en

efecto, frente a esta comprobación social que experimentamos de la necesidad de un hombre que, como conductor de la política nacional, interprete la causa de la contra-revolución, pueden suceder dos cosas; o bien, que surja un hombre, con ambiciones de mando y de sensibilidad para percibir el clima ambiental pero sin aprensión intelectual que valore axiológicamente la revolución necesaria, que quiera constituirse en su intérprete, y que entonces, a través de su psiquis infraintelectual la traducirá en un movimiento de masas, que por la lógica de las cosas, ha de obrar en la línea descendente de valores o sea en la mala causa revolucionaria. Fue el caso de Justo después del 6 de Setiembre que podría repetirse, "mutatis mutandis", después del 4 de junio.

Pudiera suceder también —y quizás sea más grave este segundo caso— que muchos que sienten auténticamente la contra-revolución, pero sólo afectivamente sin percibir intelectualmente su contenido, y que, por otra parte, no son este hombre por el que suspira la contra-revolución, que no tienen las condiciones para ser este hombre, que por lo mismo no tienen la idea ejemplar lúcida que debe tener este hombre, pudiera suceder, digo, que se crean en la grave obligación de no permitir que queden defraudadas las esperanzas puestas en un movimiento y se sientan obligados a asumir la responsabilidad de su conducción.

Y a falta de la lucidez necesaria de las cosas quieran erigir en bandera su paños revolucionario. Sucederá entonces, que llevados por un mero sentimiento cenestésico de los fines revolucionarios, se sentirán impelidos a provocar en la superficie de las estructuras sociales virvidas, trastornos y movimientos que no harán sino odiosa la causa contra-revolucionaria.

Porque, no es la superficie la que debe agitarse y trocarse sino las bases interiores de la sociedad. Y como la sociedad, en última instancia, se constituye por vínculos jurídicos de convivencia —que podrán ser uso, costumbre, ley— es allí, en esa zona, donde se sitúa el derecho, y donde se conjugan los valores eternos con las adaptaciones temporales, donde se debe obrar. Pero, hablar de derecho es referirse a una labor profunda y lenta que sólo la inteligencia es capaz de realizar.

Por ello, el gran ejemplo de conductor contra-revolucionario, adaptado a nuestra realidad, es Portugal, donde Oliveira Salazar —sin promesas ni realizaciones demagógicas, sin frenetismos, sin discursos histéricos— está cumpliendo la renovación de la vida portuguesa. Porque no se trata de destruir sino de construir. Y cuando hay que construir, se debe primero concebir en la mente la obra a realizar para luego, proceder a su ejecución con voluntad firme y tranquila.

Para puntualizar. No se trata de agitar situaciones de trabajo, propiedad, producción, educación —mucho menos particularizándose con personas e instituciones que son productos y no causas de un régimen defectuoso— sino de establecer un nuevo régimen jurídico de trabajo, propiedad, producción y educación. Y como en las capas profundas de la vida, todas estas situaciones tienen conexiones comunes con el hombre, es allí al hombre, al tipo social humano, donde se han de enderezar todos los esfuerzos de reformas.

Obra compleja y necesariamente de tiempo, donde es absurdo querer cosechar cuando nada se ha sembrado. Y por allí ha de comenzar la obra revolucionaria, por sembrar, por echar gérmenes del mundo nuevo, de la Argentina nueva, que ha de surgir cuando los ansiosos incógnitos pero reales de una nueva convivencia social, reciban la carta pública de su reconocimiento por un nuevo ordenamiento jurídico de la comunidad argentina.

Esta revolución —que es ordenamiento tranquilo sin demagogia, sin fanatismo, sin histerismo— puede y debe hacerse ahora que el país ha logrado su unidad nacional alrededor de su Soberanía.

NUESTRO TIEMPO.

(1) "Nuestro Tiempo", n.º 8; "Jerarquía de Problemas".



SAN JUAN BAUTISTA

Es más que un Profeta: los profetas, desde las sombras de la Ley, predicen la Encarnación del Señor; Juan señala, aquí y ahora, el comienzo del Reino. Es la Voz del Verbo acomodada a oídos enfermos, no regenerados todavía por el Agua, la Sangre y el Espíritu Santo. No es la Luz, pero sí su resplandor inmediato. Es el primer toque de la Gracia que prepara los caminos del Señor: es el llamado a la Penitencia, es decir a la Humildad, el Ayuno, la Limosna y la Oración.

"Haced Penitencia porque se ha acercado el Reino de los Cielos"; he ahí la predicación de Juan. Quien no hiciera Penitencia no podrá ni siquiera acercarse al Reino, porque las incomodidades de este mundo corresponden exactamente a las delicias del otro; el "comfort", el "savoir vivre" y toda esa secuela de conceptos y términos propios del "refinamiento" moderno, son nombres de lujos y placeres. Pero no basta renunciar a lujos y placeres: Lucifer no es glotón, no viste ropas de seda y es casto como un Querubín; Haced pues fruto digno de Penitencia" si queréis pisar el umbral del Reino.

Juan predica también la Ira. La Penitencia

es la Justicia aceptada por el corazón del hombre como un regalo de la Misericordia; la Ira es la Justicia que opera sobre el hombre rebelde. Por eso Juan increpa a los Fariseos y a los Saduceos: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la Ira verdadera?" Pues los Fariseos, con su temple cuáquero y puritano, mal confiados en una virtud aparente, creen no precisar de la Penitencia; y los Saduceos, que se dicen a sí mismos justos y ponderados y no admiten más ley que su flaca razón, se burlan del Reino como si fuese un sueño de tontos. No, ni los Fariseos ni los Saduceos pueden escapar a la Ira. Y ¿cómo podría el hombre detener a la Justicia? Porque el Reino de los Cielos la supone, y el Reino padece fuerza, Fuerza divina que supera todos los obstáculos. Sólo la Penitencia es capaz de lograr que sobre la Justicia brille la Misericordia.

"Ya está puesta la segur a la raíz de los árboles". La segur es la Justicia en acción. Inútil será entonces buscar componendas: no hay arreglo posible, "pues todo árbol que no hace buen fruto, cortado será, y echado al fuego"... Pero el bautismo de Juan, el agua de los penitentes, podrá aplazar el castigo, como aconteció con los ninivitas que escucharon a Jonás, el otro Juan. Así habrá lugar para que llegue el Hijo del Hombre, el Verbo Eterno del Eterno Padre, y bautice a los penitentes "en Espíritu Santo y en Fuego", y este Fuego devorará a las llamaradas del otro que los amenaza.

Más vale hacer Penitencia ahora que sufrir la Ira durante toda la Eternidad. Más vale bajar ahora el orgullo fariseico o la vanidad saducea que quedar sumidos para siempre en la podredumbre. Mil veces más provechoso nos será castigar este cuerpo de barro con un poco de escasez que verlo arder después en el fuego inextinguible. Es mucho más conveniente dar ahora las vestiduras que sobran, y no dejar que su peso nos arrastre al abismo. He ahí la lección de Juan. He ahí la razón por la cual el rey Herodes, el esclavo de la Lujuria, sacrifica a Juan.

No hay que extrañarse: Juan es "un hombre enviado de Dios" y corre la suerte de su Señor. Herodes lo ejecuta, como bajo Poncio Pilatos es crucificado el Señor: es el Misterio de la Primera Venida en oprobio y humildad. Pero ya vuelve el Señor en gloria y majestad para juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin. Qué importa que los réprobos griten como ante el pretorio "¿No tenemos más Rey que el César!" A lo sumo su protesta les valdrá para ser colocados a la izquierda y servir de leña para el fuego... Juan vuelve también delante del Señor, y viene ahora como heraldo de un Rey lleno de gloria y majestad: "¡Haced Penitencia!" dice, y el sufrimiento que anuncia es un mandato imperativo de El que lo envía. Esta pobre Humanidad nuestra sólo puede, aceptándolo voluntariamente, transformarlo en sacrificio, en Penitencia... ¿pero rechazarlo? ¿Quién osaría decirlo? ¡No!... esta vez nada podrán las insidias de Herodes.

Es la hora de Juan. "El que tiene dos vestidos, de al que no tiene; y el que tiene que comer, haga lo mismo". ¡Ah! cuántos usureros no compartieron sus riquezas! Pues ya de nada les servirá atesorar, porque hasta lo necesario les será arrebatado. ¡He aquí que el Crucifijo viene en gloria y majestad! ¡Nadie puede rechazar la Penitencia que lo anuncia! Caen los imperios de carne; el fuego consume los cuatro confines del orbe. La vida fácil y regalada se esfumó. La desazón, el malestar, los falsos amigos pululan por doquier.

La Misericordia divina nos fuerza a una Penitencia que le negamos, porque sin Penitencia no podría acercarse el Reino, y el Sogrado Corazón del Señor está impaciente por reinar. Juan señala el comienzo del Reino: "Haced Penitencia porque se ha acercado el Reino de los Cielos". Es la Voz del Verbo triunfante acomodada a los oídos rebeldes de un mundo que, aún a su pesar, será regenerado por el Agua y la Sangre, el Fuego y el Espíritu Santo!

SANTIAGO DE ESTRADA.

LA RECUPERACION DEL SABER

Si conocer es asimilar y posesionarse de un modo inmaterial —intencional— del ser, es claro que el restablecimiento de la jerarquía en los diferentes planos del ser dentro de la unidad del ser total y de sus exigencias, trae consigo una restauración de los grados del saber dentro de una unidad orgánica de todo el conocimiento; y que la determinación de cada tipo de conocimiento y de su ubicación precisa dentro de la síntesis vital del saber total encierra una ordenación de los diversos aspectos de la realidad entera. Así, por ejemplo, el reconocimiento de las dos zonas del ser del hombre, natural y sobrenatural, subordinada la primera a la segunda, implica el reconocimiento de una Sabiduría sobrenatural sobre la natural, de la fe y teología sobre la filosofía; y la afirmación del ser en sí (Dios, hombre y mundo) trascendiendo los fenómenos sensibles implica la afirmación de un conocimiento intelectual sobre el de la experiencia sensible y la exigencia de una metafísica y filosofía natural por encima de las ciencias empíricas.

El Cristianismo restableció el orden de las sabidurías —sobrenatural y natural— porque en el misterio de la Encarnación unió la realidad total que ellas expresan: creada e increada, humana y divina, natural y sobrenatural. El saber disperso de la antigüedad llegó a constituir una síntesis orgánica en el cristianismo, fiel expresión de una unidad jerárquica entre las diferentes zonas del ser del hombre y de la realidad total. La sabiduría divina de la visión celestial, del conocimiento de la fe y de la teología, la sabiduría de la metafísica y de la filosofía natural; he ahí los diversos sectores en su posición jerárquica descendente, cada uno determinado en su esencia y ubicación precisa por su objeto formal, dentro del saber total, de la Sabiduría cristiana, que culminó en la síntesis medioeval, estructurados sobre los aspectos o partes múltiples jerárquicamente dados de una realidad total.

El antropocentrismo humanista al dislocar al hombre del ser, a la naturaleza de la gracia, al trastocar y desconocer la gradación de los diferentes sectores del ser, trastornó a la vez y por eso mismo los grados y la unidad orgánica de la sabiduría natural y sobrenatural, diluyéndola enteramente en una ciencia —ciencia reducida, no sabiduría— de los puros fenómenos.

El camino de la reconstitución de los grados y unidad del saber debe apoyarse e ir junto con el de la reconquista del ser trascendente en toda su escala, desde el Acto puro de Dios a la pura potencia de la materia primera, y con el de la articulación del hombre en ese ser integral. Hay que volver a centrar al hombre en el ser e iluminar su propio ser dentro de la realidad total, para así recobrar la síntesis orgánica y vida del saber, de la sabiduría sobrenatural y natural, de la Sabiduría cristiana.

La descomposición renacentista no sólo separó y arrancó la sabiduría —sobrenatural y natural— de la ciencia empírica, con la supresión paulatina de aquélla, si que también el orden especulativo del orden práctico, esforzándose por establecer una moral autónoma, independiente a la vez de ser y de la sabiduría. Más aún, en su movimiento de anarquía y de un modo análogo al de separación entre filosofía y teología, quiso establecer una moral immanente y autónoma con prescindencia absoluta y hasta negación de toda otra moral sobrenatural superior a ella.

Ahora bien, si es imposible la constitución de una filosofía, verdadera en sus puntos y síntesis fundamental, sino es en el clima benéfico de la revelación cristiana, si es imposible llevarla a cabo, en su órbita propia de saber racional natural, sino es con la ayuda de aquélla; semejante necesidad de simbiosis, de unión vital y de dependencia entre

el saber natural y sobrenatural es mucho mayor en el dominio moral. En efecto, mientras el orden de las ciencias naturales, que contempla la filosofía especulativa, es el mismo y perdura bajo la realidad sobrenatural, el fin natural, bajo cuya luz se organiza el saber y obrar morales, en cambio, no basta por sí solo para conducir al hombre —tal como existe y se sitúa en la realidad concreta, ordenado a un fin sobrenatural— a su perfección moral, a la plenitud espiritual: el hombre o se perfecciona y obtiene su fin sobrenatural y con él eminentemente también el natural, o si se desvía y pierde su fin sobrenatural, pierde también el natural; o se salva como cristiano y entonces se salva también como hombre, o si se pierde como cristiano se pierde también como hombre.

El saber sólo recuperará la riqueza de sus múltiples grados en su unidad jerárquica, en aquella misma medida de su integración en su objeto, que lo sostiene, estructura y da sentido en todas sus partes: el ser total en su gama también jerárquicamente dada, natural y sobrenatural, creado y divino.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI.

(Fragmentos del Prólogo a la traducción castellana de CIENCIA Y SABIDURÍA de J. Maritain, próxima a aparecer.)

EMILIO LAMARCA

1844 - 1922

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

No debió serle indiferente el amor de los jóvenes, porque les dedicó su delicado afecto. Sus ojos estaban habituados a mirar adelante y se complacían en sorprender los signos nuevos. Gustábase más vivir con sus compañeros de hora que con sus compañeros de edad. La vida para él valió por el presente. No arastró su pasado de gloria con una capa caudal, ni lo miró con la añoranza estéril de los derrotados. Por eso, cuando lo encontramos en la marcha, nos acercamos a él como a un camarada: no se sabía si venía de lejos. Su conciencia religiosa, afinada y rectificada continuamente comprendió bien que en la milicia para la conquista del Reino, Dios no concede, como los otros soberanos, jubilaciones decoradas y pingües. No se detuvo nunca. Esa fue su verdadera gloria y el timbre que ilustró su persona, que le dio la siempre fresca ignorancia del sabio y el renovado entusiasmo del novicio. La muerte no pudo sorprenderle. La aceptó como aceptaba cada día su nueva tarea. Pasó de la obscuridad a la luz. Sólo para nosotros fue triste.

SIGNÓ, julio de 1922.

PALABRAS DE AYER PARA HOY

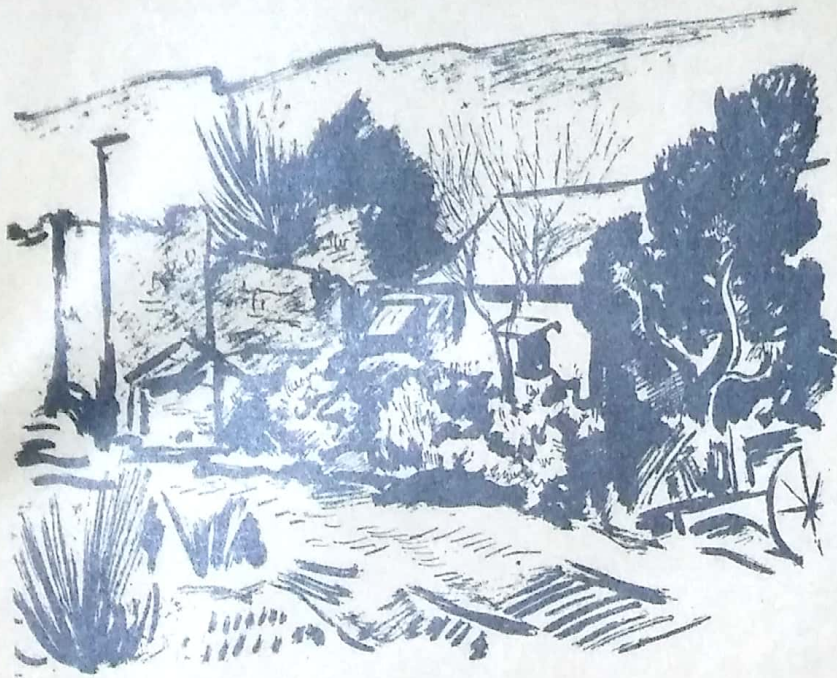
(Del Discurso del Dr. Emilio Lamarca, pronunciado el 8 de noviembre de 1908, en la sesión pública inaugural del Tercer Congreso Nacional de los Católicos Argentinos, en la ciudad de Córdoba).

¡Si pueblo de Mayo, tuya es la culpa! Hijo de raza gallarda, altiva y guerrera, apasionada por la gloria y las grandes aventuras, —de esas que descubren nuevos mundos para más tarde emancipar continentes—, entusiasta, precoz, y a la par avídido, ligero e inteligente, improvisador y de gestosos arranques, vas perdiendo (sin preocuparte mayormente de ello), los nobles impulsos de tu juventud, y se dibujan en tu fisonomía los rasgos más variados, exóticos, contradictorios. Hospitalario con el extranjero hasta el exceso, le brindas la ciudadanía y te abstienes de ejercer la propia. Haces galas de menospreciar lo más sagrado, que tus padres veneraron; la curiosidad te asalta, eres expansivo, y te precipitas para ver, oír y aún imitar cuanto nos viene del exterior. Inconstante e indisciplinado, levántese y móvete como el ateniense hoy te muestras poseído de extremada confianza y mañana sumido en el mayor desaliento, apático, indolente, como dispuesto a tolerar un vasillaje, o inerte como para servir de base a un cesarismo republicano. Te invade el mercantilismo y te reputan sin aliento para recuperar con mano firme los derechos que se te escapan; pero todavía hablas con espíritu; ayer no más te batías con brío y volverías a batirte con denuedo sobre los campos de batalla. Salesairo de ellos, como hidalgo de antaño, y magnánimo declaras al venecido que "la victoria no da derechos". En materia cívica sufre parálisis tu voluntad, querías querer pero no quieres veras. Heroico para cuanto concierna a tu independencia, vacilas y cejas en lo que atañe a tu libertad. Hoy, llevas de frente, en anómalo paralelismo, el desprecio de la muerte con el amor al juego y al placer; la incredulidad y la licencia, que roerán tus entrañas, con las antiguas creencias y virtudes del hogar, que son el cimiento de tu futura grandeza, santificas el matrimonio y te tientes al divorcio, arrojas a Cristo de la escuela y eriges su imagen excelsa sobre las crestas de los Andes...

Difícil es juzgarnos con acierto a nosotros mismos en esta época de perplejidades y de indecisión; en cambio fácil es hacer patente las dos fuerzas que se disputan el ascendente. Son las dos reinas enemigas, que Shakespeare halla siempre acampadas dentro del hombre: "la gracia y la torpe voluntad": "And where worse the is predominant, Full soon the cancer eath up the plant" y donde predomina la peor, bien pronto el cáncer de la muerte devora la planta.

La preponderancia de una u otra se traduce por las ideas que propala e inculca, los principios que hace prevalecer, los hombres que suscita y levanta. Según cual logre ensandecerse de las masas clamorarán éstas por Jesús u optarán por Barrabás, se encaminarán hacia el orden o harán rumbo al desquicio; y en la culpa ira envuelto el castigo. De aquí la frase ya proverbial de que "los pueblos tienen los gobiernos que merecen", lo que claramente significa, que, "según sea la condición social, así será la condición política".





Si comparamos una tribu de indios con una nación culta, nos es evidente que sus gobiernos y su política, —embriónica la una, perfeccionada la otra—, son legítimo engendro, vivo reflejo del atraso o del adelanto respectivo; y salta al rostro que, en efecto, de la diferente condición social depende la diversa condición política.

Estudiad la historia de cualquier nación de la cristiandad. Ved cómo, entre escudamientos más o menos bruscos, vaivenes y trastornos, ha ido difundiendo la fe, organizando los poderes públicos, creando su régimen de enseñanza, su sistema monetario y de crédito, su defensa nacional, su policía, sus tribunales de justicia, y afianzando derechos y libertades, hasta llegar a su apogeo. Id suprimiendo uno a uno los elementos de orden enunciados; notad las causas, que los hayan mejorado o pervertido, y sus efectos buenos o malos sobre la sociedad; leed esa historia al revés, y observaréis cómo, en el curso de esa retrogradación, cambia la política de acuerdo con el estado religioso, moral, civil y económico o sea el estado social, hasta llegar al salvajismo primitivo, en el cual no cabe cohesión nacional, ni más gobierno, ni más autoridad, que las de jefes, caudillos o mandones en pugna y reyerta continuas. Hallaréis comprobada mi tesis, religiosa, moral, civil y económica; comprenderéis que los problemas que ella plantea a los argentinos son de vital interés; sabéis que no tendrán solución satisfactoria si no se instruye y se mejora las condiciones del pueblo; y debéis estar convencidos, plenamente convencidos, de que la inacción implica abandonar el campo al enemigo y abrir de par en par las puertas al mal.

IMPRESIONES DE LOS TEATROS PORTEÑOS

Mientras en el Teatro Nacional de Comedia se sigue representando Shakespeare con gran éxito, los otros teatros a cargo de empresarios que aún no se han dado cuenta que el buen teatro puede también constituir un buen negocio, ofrecen obras de Insausti y Malfatti, Botta y Bronenberg, etc., además de traducciones y adaptaciones.

Nuestros teatros pareciera que se aferran al teatro extranjero como una tabla de salvación; lo malo es que tampoco así se salva nada porque esas piezas traducidas, además del mal inherente a toda cultura de segunda mano, no merecen el premio de una traducción.

De lo nuestro tampoco podemos hacer elo-

gios. Por lo general, lo que se representa son obras sin trascendencia, que a lo sumo logran divertir un rato al público. Fondo moral demasiado fácil, tramas insulsas, personajes descentrados...

Ese teatro anémico sólo se sostiene apoyándose en los buenos actores que representan.

En el Apolo, Francisco Alvarez está dando "¡No aflojés, Leopoldo!". Se trata de una obra que carece completamente de valor estético. Es un juego fácil de escena, una trama sin acontecimientos, toda hecha para mantener frente al público a Francisco Alvarez, que divierte con su expresiva naturalidad.

Posee algunos enfoques de cierto valor realista, algunas palabras bien combinadas, algunas salidas jocosas... Es, siendo así, lo más selecto para el público grueso que no conoce otro teatro que éste, que carece de finura y elevación.

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

La cartelera de El Nacional anuncia "La mujer del otro", por más de doscientas veces representada.

Se trata de una adaptación. Ya conocíamos a través del cine norteamericano una versión.

Por suerte en este caso, ni la obra ni su adaptación son de lo peor: el argumento trasluce un juego de pasiones bastante bien entrelazadas. Pinta una personalidad hecha a la italiana (ingenuidad, poca cultura, gran rigor moral) que desvinculada de su campo natural choca con dos productos de un ambiente distinto: un hombre y una mujer, su amigo y su prometido, que por supuesto le salen engañando.

La emotividad característica del personaje central encuentra en Luis Sandrini un intérprete que sabe adaptarse bien. Los otros actores no lo desmerecen.

En el Politeama Luisa Vehil y Esteban Serrador presentan "Me casé con tu mujer", que es una traducción mal hecha. En inglés puede ser que divierta a los ingleses, a nosotros sólo nos presenta una modalidad exótica de mirar las cosas, atendiendo la forma en que proceden los tres personajes centrales.

Un capitán del ejército inglés deja su mujer para ir a la guerra. Avisada de su muerte, la viuda contrae enlace con el hermano del capitán. El muerto resucita (recurso fácil y gastado donde se basa toda la farsa.) La bigamia pone en expectativa al público que ya sabe a principios del segundo acto cuál va a ser la decisión: ninguno de los dos. Amó y fué feliz con ambos, pero prefiere los millones de un nuevo rico.

Los dos hermanos que por honor quieren cedérsela mutuamente quedan felices con su ida.

En medio de la obra se intercalan pinceladas de la vida inglesa sumamente interesantes.

Luisa Vehil y Juan y Esteban Serrador, dentro de lo poco que les permite la farsa están discretos.

En el Comedia "Presidio", con casi ciento cincuenta representaciones. Es un drama intenso de tres actos que transcurren todos ellos en un penal para mujeres. Su fondo es un fuerte juego de conflictos morales, cuyas soluciones recién a la postre están de acuerdo con la Moral.

Antes de llegar a ese final se muestran a las claras sentimientos y pasiones criminosas. Incluso se intercala un pecado contra el Espíritu Santo, ese que niega la divina misericordia: la desesperación, que el autor usa como una manera completa de dar a entender un estado de ánimo.

El libreto no está mal concebido a pesar de que hecha mano de lo que fuere con tal de causar efectismos a veces artificiosos.

La interpretación es en general correcta, aunque no exenta de ciertas exageraciones. Se distinguen Pepita Serrador y Malisa Zini.

En el Cómico sigue Jardiel Poncela con sus escénicos rompecabezas. Este autor merecería capítulo aparte, no sólo en esta crónica breve, sino también en toda la historia del teatro.

Immoral como novelista, es amoral como comediógrafo. Su teatro es un teatro exclusivamente divertido. No busca más que la risa y lo dice y proclama muy a las claras. Cuando se presentó iniciaba sus funciones con unas palabras en buen español, no olvidando nunca de incluir aquello de que si un teatro quiere ser educador, es muy fácil que corra el riesgo de quedarse sin alumnos.

El público ve algo nuevo, algo distinto, y llena la sala hasta la mitad.

HÉRCULES SPAGHI.

AYUDA A CATAMARCA Y LA RIOJA

El Presidente de la Nación, General de Brigada D. Edelmiro J. Farrell, solicitó ayuda para las provincias de Catamarca y La Rioja. Su voz no ha caído en saco roto; contingentes de ropa, calzado, alimentos y grandes sumas de dinero se han movilizadas hacia ellas. Se ha cumplido así, en todo el territorio del país, con el primer paso de ayuda urgente que debía prestarse a dichas provincias.

Corresponde ahora establecer las medidas que tengan por objeto vigorizar la estructura económica de ambas, creando trabajo reproductivo y con ello contribuir a elevar el nivel de vida y cultural de su población. Las medidas que este segundo paso reclama, han de ser de carácter básico, previo estudio de los problemas concretos que han empobrecido a dichas provincias y deben reportar la solución definitiva de los mismos.

Uno de los hechos que mantiene estancado el desarrollo económico es la superposición de títulos de propiedad que traba en gran parte la iniciativa de explotación agraria o minera. Urge por tanto realizar un Catastro de los bienes inmuebles en ambas provincias, estableciendo la verdadera delimitación de la propiedad. Se resolvería así, de inmediato, el arduo problema de la confusión e indeterminación existentes, con beneficio para los particulares y para las mismas provincias que sabrían así cuáles son sus pertenencias. Con ello se fomentaría la adquisición de la propiedad privada, habría incentivo para el trabajo y la mejora de la tierra, y como resultante se propendería a la construcción de la vivienda digna en propiedad.

La determinación de la propiedad de las tierras, será entonces garantía para quienes deseen invertir capitales en explotaciones rurales o mineras en esas provincias. No puede mantenerse por más tiempo la situación actual de inseguridad, con predominio de intereses particulares de algunos pocos sobre los de la colectividad que traban todo intento honesto de trabajo.

Simultáneamente a aquél, se plantea el problema del agua, que exige idéntica urgente solución. Deben tomarse las medidas necesarias para retener las aguas de los innumerables caudales que originan las lluvias del verano y para captar las de los manantiales y fuentes subterráneos. Pero esta política del agua debería ser única, para evitar la superposición estéril de las diversas reparticiones especializadas, sean nacionales o provinciales, con lo que se logrará una mejor utilización y distribución del precioso elemento.

La agricultura y ganadería, típicas de la zona, se beneficiarán con tales trabajos. Son susceptibles de cultivo allí entre otras especies: el olivo, la vid, el tabaco, el algodón, los aromáticos, los condimentarios, los citrus, los tomates y demás hortalizas, etc., y pueden criarse con éxito los asnos y mulas, las cabras y otras especies de animales hoy casi extinguidas o en vías de extinguirse. Podrán crearse granjas de mestización, con lo que se mejorará inmensamente la ganadería regional.

La minería es, sin lugar a dudas, la mayor riqueza de ambas provincias y su acertada explotación proveerá al país de materiales estratégicos de primera magnitud, esenciales para la industria y para la defensa nacional y que hasta el presente sólo algunos capitales extranjeros supieron valorar. Está esperando que los hombres de empresa pongan allí sus capitales y sus esfuerzos, pero, para ello se hace necesario propiciar la reforma del régimen jurídico minero reemplazando el sistema del "canon" por el del "pueblo". Debe facilitarse un adecuado sistema de explotación privada, implantando un sistema de crédito. Paralelamente a estas medidas se requiere un estricto control estatal en el proceso de la comercialización de los minerales, tan trabajosamente extraídos de las entrañas de los cerros. No es posible seguir admitiendo que intermediarios inescrupulosos, sometan a su arbitrio esta etapa de la producción.

La industrialización de los productos agropecuarios regionales y de los minerales con que tan generosamente están dotadas ambas provincias, proveerá de trabajo y de independencia económica a un gran número de familias que hoy no aciertan a emplear sus brazos en labores dignas y productivas.

A todo esto contribuirá eficazmente la organización de un sistema de asesoramiento técnico adecuado.

La industria de los aguardientes catamarqueños y de las grapas riojanas se ha retraído en forma lamentable por el régimen de control excesivamente fiscalista. Es menester que se estudie un sistema especial, adaptado a ambas provincias, que permita el restablecimiento de la pequeña industria, autóctona,

que había logrado extendida y merecida reputación en el país y aun en el extranjero.

En cuanto al régimen impositivo provincial, exige también una reforma que le imprima un sentido menos crudamente fiscal y más concorde con el desarrollo de la economía regional.

Las medidas anteriormente expuestas deben ser complementadas por un amplio plan de capacitación técnica, adaptado a la zona, que ilustre sobre la mejor forma de utilizar la materia prima local. No puede proseguirse en la absurda política de formar maestros en serie, que no pueden ocuparse luego en su profesión; obreros que para trabajar deben emigrar a otras provincias; en fin, jóvenes de ambos sexos que ven cerrarse toda perspectiva de progreso, en tanto que faltan los capacitados para hacer rendir al máximo la potencia que se encierra en esas provincias.

Se restaurarán así las artesanías tan afamadas en otros tiempos y que hoy viven una vida decadente y sin perspectivas; la curtiduría, la tejeduría, la orfebrería y la alfarería volverán por sus fueros.

He aquí, en apretada síntesis, algo de lo mucho que puede y debe hacerse en Catamarca y La Rioja, con lo que se llevará a ellas nuevo aliento y nuevos horizontes.

O. L.

Instituto "Alejandro E. Bunge",
de Investigaciones Económicas y Sociales.

VIDA INTELECTUAL

Vayamos precisando algunas cosas que en su primera presentación han debido apenas ser delineadas, porque tal era su previo objeto; algo explicaba la forma somera escogida y la incoherencia aparente de estos apuntes; pero ya les llega el tiempo de ir esclareciéndose. Como subtítulos pongámosles hoy: *la continuidad del humanismo en la cultura de Occidente; aparentes rompimientos; humanismo y tradición; esbozo del ambiente humanista; precisiones de Marañón.*

Hablamos de humanismo en su lato sentido: las formas de pensamiento y experiencia greco-latinas, más el ingrediente esencial del cristianismo en constante crecimiento, crecimiento de estructura íntima y de la vida de relación.

No sin liviano criterio se anatematizó toda una época de la historia, la del siglo 19. Menos grave, pero con cierta analogía al anatema pronunciado por el opuesto sector de opinión, que todavía prolonga su incomprensión y su desdén, contra la Edad Media.

Apareció el libro de

TOMAS DE LARA

LAS PROFECIAS CATOLICAS
SOBRE LA PROXIMIDAD
DEL FIN DEL MUNDO

TOMO PRIMERO
ISAGOGUE BIBLICA

Pedidos a:

GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS

Reconquista 572 (31-2359, de 15 a 20 hs.)

Sin duda que en el ochocientos hubo un maleamiento de los valores fundamentales de la vida, una desproporción gigantesca entre las categorías espirituales y las materiales, un olvido que no menoscabó de las primeras y una omnimoda exaltación de las segundas; ni siquiera podría hablarse de trueque, ya que no tenían cabida en la escala de valores, las categorías espirituales. Había sí un orden de valores pero de sólo valores materiales. Nos referimos, claro está, al tono general de la sociedad, al estilo de la época; (los guardianes del espíritu siempre existen, viven en vela, y en ese siglo hubieron espléndidos ejemplares). Sin embargo, anotamos en su desarrollo, primero, que no llegó a haber conciencia plena de ese estado de cosas; que no hubo tampoco un total quebrantamiento de la continuidad de la civilización; muy traminado de ella debía de estar, en efecto, el hombre de entonces, porque protagonista del prodigioso drama de los descubrimientos científicos, capaz de trastornar a las naturalezas más aplomadas, el deslumbramiento y el destempe de su espíritu no lograron llevarle hasta el naufragio, como sería dable presumir a no haber sido un elemento vivo de la civilización. Tal fué el hado del siglo anterior que en nosotros prolonga su sombra; tarea de nuestros tiempos será poner esos descubrimientos en su quieto, metabolizarlos merced a los juegos espirituales cuyo cultivo es para nosotros cuestión de supervivencia.

Aquí nos parece venir bien indicar el papel del humanismo en la tradición. Sobre esta última palabra no tenemos por qué volver después de lo escrito en el anterior número, donde esperamos haber comprendido la nota que generalmente se le cuelga, de reputarla mera fórmula, en la que el respeto al pasado es ciego nada más que por ser pasado, haciendo caso omiso de la excelencia de ese pasado y de su actual vigencia. El humanismo, por su parte, es el alma de la tradición, su elemento vivificador, falo del cual ella languidece sin remedio.

Ilumina, Marañón, en un artículo reciente un aspecto capital del humanismo que nos place destacar. No busca el humanismo formar eruditos que sepan sus letras clásicas y reciten y compongan. Si lo hacen, mejor; pero lo que persigue antes que nada es informar la vida misma, la conducta, el perfeccionamiento del ser espiritual; el interesarse en cosas que hacen al bien público, el enfrenar de la ambición, la comprensión que se pone de los sentimientos ajenos, la varonil esperanza del valor de la persuasión. Para nada la cultura libresca en esto.

Es el humanismo, pues, por esencia difusivo. No es fuerza que todos alcancen el mismo nivel; —ya suponerlo es contrariar la naturaleza humana—. La robustez de una sociedad reclama la variedad de vocaciones, reclama el camino ascendente hacia la plenitud dentro del módulo que cada una de ellas tiene fijado. Todos partícipes advertimos sus frutos cuando del más humilde al más encumbrado, religiosos, militares y civiles, logran la claridad en la expresión oral y escrita, claridad en la expresión que se proyecta también, —y a veces es su sólo trasunto—, en los ademanes y en los gestos.

Esa atmósfera existente permite que el mayor número disfrute los beneficios de una vida superior, al par que vuelve más posible la promoción de mentalidades preclaras, que es el signo sonriente de un mundo maduro. Entonces la capacidad de discernir se acendra, se busca la verdad no por el juego de buscarla sino por hallarla, aunque el buscarla forme parte del júbilo; se va en pos de la belleza y uno la reconoce instantáneamente al descubrirla, y se ansía comunicar el hallazgo a los otros como de una patria que se juzga común, con la cual no se puede menos que ser magnánimo.

Una muestra de la línea que sigue el artículo citado de Marañón es el lucido paralelo del humanista y el enciclopedista, que transcribimos:

"El humanismo se parece, por fuerza, al enciclopedismo; mas sólo los cortos de vista los pueden confundir. No sólo no son la misma cosa sino que, en cierto sentido, son cosas contrarias; en el sentido profundo y definidor de las dos actitudes. El enciclopedista quiere dar una apariencia de sabiduría a la multitud de sus datos. Al humanista, su saber, cuanto más vasto, más radicalmente le lleva a una conclusión, modesta, pero transida de comprensiva ternura de su sabiduría y de la de los demás. Mide el enciclopedista su saber por el número de cosas que conoce. Al humanista no le importa saber mucho, sino sólo saber las cosas esenciales, que son muy pocas, para comprender lo que no puede saberse, que es infinito. Aparte de su calidad, el saber del enciclopedista es expansivo, extrovertido. El del humanista, reconcentrado e introvertido. Aspira el enciclopedista a producir la admiración de los hombres. El humanista sólo pretende situarse, él mismo, ante su justo valor; y que los demás no le admiren sino que aprendan. Huele el enciclopedista a catedrático. Y el humanista a maestro".

GASTÓN TERÁN E.